

---

# **Las Malvinas: NACIONALISMO E INTERNACIONALIZACION DE LA GUERRA**

**Mariano Aguirre**

---



**1**

**La guerra de Las Malvinas nos ha sorprendido a todos. Cuando las opciones sobre los futuros conflictos bélicos se dividen entre quienes esperan una tercera guerra mundial y aquellos que creen que los enfrentamientos quedarán cada vez más circunscritos a la periferia del sistema mundial, emerge esta guerra entre un poderoso país central y otro del llamado Tercer Mundo que ha sido como el elemento que faltaba para que el ya deteriorado Diálogo Norte-Sur se resquebrajase aún más.**

Pero no terminan allí las sorpresas desagradables: la diplomacia internacional se ha mostrado no sólo ineficaz, sino que ha dejado en claro que, al menos en este caso (pero será bueno tenerlo en cuenta), ha marchado por detrás de las armas. La

consigna de los contrincantes ha sido, primero, tomar posiciones mediante las armas, después negociar lo posible. Era de esperar que una dictadura militar actuase dentro de esta lógica. Lo que no se podía prever es que el gobierno de uno de los

países con mayor tradición democrática se lanzara —por atacado que se viere en Las Malvinas— sin mayores miramientos a la guerra.

Estas y otras cuestiones, en verdad, no deberían resultar tan sorprendentes si se analizan las escaladas militares de Argentina y Gran Bretaña en el contexto de las trayectorias políticas de sus gobiernos actuales y, además, si las relacionamos con determinados hechos de la historia. Este trabajo es un esquema, o apunte de urgencia, que avanza en esa dirección, escrito mientras la crisis no se ha solucionado y centrándose especialmente en buscar las razones —que no por ello justificaciones— de la, para muchos, desconcertante actitud de la oposición y buena parte de los argentinos al apoyar la invasión.

La lógica de las relaciones internacionales estaría señalando, y así lo reconoció el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas, que Las Malvinas son parte del territorio argentino. Desde el siglo XIX Argentina mantuvo su reivindicación, pero sin una línea diplomática clara ni coherente. En esto influyó la inestabilidad política, los frecuentes cambios de gobierno —en buena parte debido a golpes militares— y las relaciones con Gran Bretaña, país al que Argentina ha estado, hasta ahora, estrechamente vinculado, especialmente a través de sus exportaciones de productos agrarios y ganaderos, y las inversiones de capital británico.

Esta cuestión es fundamental si se recuerda que Gran Bretaña fue la potencia colonial por excelencia en ese país desde 1810 hasta la Segunda Guerra Mundial. En ese momento, por razones suficientemente explicadas en otros trabajos, Estados Unidos la desplazó definitivamente consolidando su hegemonía en el bloque Occidental. En Argentina, a lo largo de los años 40 se desarrolló el proceso llamado de sustitución de importaciones, a través del cual la burguesía agraria abrió un

frente industrial ante la coyuntura de un mercado interno en expansión y una metrópoli —Gran Bretaña— que con su infraestructura industrial puesta al servicio de la guerra había retraído sus exportaciones de manufacturas.

La alianza de clases entre un proletariado nuevo y el sector industrial —que a su vez iba teniendo contradicciones con la burguesía agraria— y un sector militar que controlaba el poder del Estado, fueron los factores principales que dieron origen al peronismo. Ese sector militar, liderado por el entonces coronel Juan Perón, introdujo desde el poder una serie de modernizaciones en la estructura del Estado y, especialmente, en la legislación social y laboral, necesarias entonces para el desarrollo capitalista del país. La administración peronista ofició de árbitro entre los integrantes de la alianza de clases, y acompañó su gestión con una ideología católica integrista, marcada con fuertes resabios de los fascismos europeos y un nacionalismo folklórico y mistificador.

Decimos esto último porque en el momento en que Estados Unidos penetraba

económicamente en Argentina —por ejemplo, monopolizando el sector del transporte comercial y civil con la introducción de coches y camiones— el gobierno peronista lanzó una fuerte campaña político-publicitaria (tan fuerte que hay gente que todavía cree lo que se decía entonces) diciendo que se nacionalizaban los ferrocarriles ingleses, expresión de una época colonial, sin duda, pero en franca decadencia en 1945. Ferrocarriles, además, por los que se pagó una cifra exagerada dado su valor real. Pero, de esta manera, el peronismo cosechó para sí los 136 años de explotación que los ingleses habían impuesto a través de tejidos que, realizados en Manchester, costaban menos en Argentina que los manufacturados en una provincia, algo lógico de acuerdo con las leyes competitivas del libre mercado en la relación centro periferia. A modo de

---

**No se podía prever que el gobierno de un país de gran tradición democrática se lanzara sin miramientos a la guerra**

---

ejemplo, no está de más recordar que las guerras civiles argentinas del siglo pasado se libraron, también, bajo el signo del centralismo de Buenos Aires, la ciudad-puerto, contra los caudillos de las provincias que buscaban preservar sus modelos precapitalistas (para entendernos de alguna forma) económico regionales. Y Buenos Aires estaba asociado con Londres en liquidar estas formaciones y constituir un Estado moderno según el código del liberalismo.

En gran medida por lo dicho hasta aquí, es posible entender las reticencias que todavía existen entre políticos e intelectuales progresistas argentinos a todo lo que suene a liberal y liberalismo. Porque el liberalismo era no sólo la opresión de Buenos Aires, sino también los frigoríficos, las compañías de seguros, los bancos y, aunque muy lejano, las invasiones de tropas inglesas a Buenos Aires en 1806 y 1809.

El peronismo planteó la cuestión como una oposición entre pueblo y oligarquía, dos categorías que parecen querer decir mucho pero en realidad no definen nada, a la vez que esconden el conflicto de clases y, en un Estado periférico, las alianzas y papel del capital extranjero. El «sentimiento popular», como gustan decir quienes creen en una afectividad de lo masivo en la política, identificó *inglés* con *oligarca*, algo que si bien era cierto, no abarcaba toda la verdad que se requería conocer en 1945/50 para luchar contra el imperialismo. Y mucho menos en 1982.

### *Soldados y trabajadores.*

Nos detenemos en la cuestión del peronismo no solamente porque su emergencia coincide con la decadencia de Gran Bretaña, por ser la fuerza política mayoritaria en Argentina y por ser la que con más energía ha apoyado la invasión mili-

tar, sino porque en su concepción ideológica y práctica política se generan muchas actividades que ahora enlazan con la guerra de Las Malvinas. El sindicalismo peronista, de carácter reivindicativo antes que anticapitalista (más cercano al sindicalismo amarillo que a cualquier variante del llamado reformismo), burocrático, verticalista, jerarquizado, es, en estos momentos, un protagonista clave. La clase política emanada del peronismo, además de los personajes dramáticamente grotescos como Isabel Perón o el ex ministro José López Rega, son también una burocracia inexperta en cualquier gestión gubernamental y con un sentido de la democracia muy particular. Es a la luz de este carácter acomodaticio al poder —como ocurrió en la dictadura anterior (1966-1973)—, carácter acomodaticio que se extiende también a otros personajes y partidos en gran medida, nacionalista anacrónico, que se debe analizar que el líder actual de la Confederación General del Trabajo (la central única) sea encarcelado en una manifestación que pedía «Paz, Pan y Trabajo», y pocos días después acepte ser liberado y viaje con altos jefes de las Fuerzas Armadas a Las Malvinas mientras declara: «Los soldados argentinos que luchan allí también son hijos de trabajadores». Como si los soldados que durante los últimos años han matado, encarcelado, reprimido, colaborado con los economistas friedmanianos para imponer un modelo elitista de riqueza y extendido de miseria y dependencia, fueran otros, fueran hijos de oligarcas.

Pero no adjudiquemos al peronismo toda la responsabilidad de esta «patriada», como dicen en Argentina. A modo de hipótesis pensamos que un estudio de la ideología argentina, definiendo categorías y modos de pensamiento social por clases,

quizá nos llevara a apreciar una fuerte seducción por los prohombres, los próceres (que son toda una tradición en Argentina) y el nacionalismo. En este punto, la guerra

**La guerra de Las Malvinas  
está liderada por la misma  
dictadura que ha  
entregado el país al capital  
extranjero**

de Las Malvinas tiene que servir como paradigma de reflexión sobre las consecuencias que trae el nacionalismo entendido como una esencia irracional, como algo que está más allá de los ciudadanos, de la historia, de la misma preservación, inclusive de la nación. Lemas como «Antes muertos que vencidos» o cosas semejantes esconden, detrás de la fraseología necrofísica y heroica, una grave incapacidad de *hacer política* en las postrimerías del siglo XX. La última guerra nacional válida, a nuestro entender, se libró en Nicaragua (y podría haber sido Irán). Pero la guerra de Las Malvinas no tiene justificación desde esa perspectiva. Y menos aún liderada por la misma dictadura que ha entregado el país al capital extranjero y que hace menos de un año estaba dispuesta a negociar el petróleo que pueda haber alrededor de Las Malvinas con la corporación transnacional que hiciese la mejor proposición.

Es desde esta perspectiva de intereses económicos que esta guerra, siempre injustificada, puede comprenderse mejor.

Por una parte, el Atlántico Sur es una zona geopolítica muy importante para Occidente, en especial para sus buques petrolíferos en caso de que estallase cualquier tipo de conflicto en el Océano Índico. Por otra, en agosto de 1977 el Servicio Geológico Nacional de los Estados Unidos aseguró que la plataforma continental argentina tendría reservas petrolíferas como para producir 200.000 millones de barriles. A esto hay que unir el interés que tienen diversos países, entre ellos Gran Bretaña, Argentina y los Estados Unidos, por el continente antártico, donde se sabe que hay grandes yacimientos de uranio, cobalto, manganeso, petróleo y un molusco, el krill, de alto valor alimenticio. Los derechos de soberanía sobre la Antártida se han adquirido, y muchos están en discusión, proyectando líneas imaginarias desde posiciones continentales.

Respecto de los Estados Unidos, la complejidad de esta guerra ha obligado a

la administración Reagan a romper con su habitual simplificación maniquea de la realidad. Inicialmente Washington apoyaba veladamente a Argentina —antes de esta crisis— ya que Buenos Aires era el mejor aliado para acceder al petróleo y a una base eventual en las islas. Pero los compromisos con Londres, en particular, y los aliados de la OTAN, en general, en un momento, además, de fuertes rechazos en Europa por la política de Reagan en la cuestión del rearme, han obligado al Presidente de Estados Unidos a apoyar a Gran Bretaña, con la secuela de un deterioro en las relaciones con América Latina. Pero ni Alexander Haig ni la ONU y los planes de paz han logrado convencer a dos gobiernos que se han comprometido con sus respectivas sociedades a no ceder. Queda, quizá, la posibilidad que uno de los contrincantes, cuando la guerra está

alcanzando el horror, decida presentarse como «civilizado» y flexibilice sus posiciones.

Y una última reflexión: esta guerra ha puesto de manifiesto no sólo la temible

eficacia de los armamentos sofisticados, sino la paradoja de un conflicto ya internacionalizado a través de esos armamentos. En efecto, lo que Mary Kaldor llama el Orden Militar Internacional opera en el Atlántico eficazmente: hay en juego equipo bélico británico (por ambas partes, ya que el gobierno de Margaret Thatcher nunca tuvo reparos en vender armas a la dictadura argentina), norteamericano, alemán, israelí y francés, entre otros. La libre empresa en la carrera armamentista les pasa así, de pronto, la factura a sus más entusiastas promotores. Francia es aliada de Gran Bretaña, y francés era el misil que hundió el primer buque inglés.

Entre una dictadura que recupera una tradición nacionalista y populista cuanto menos desajustada a la realidad, y que busca una salida a sus crisis internas, y Gran Bretaña que se ve llevada por el gobierno conservador a la guerra de manera

inflexible en una mezcla de melancolía imperial y problemas internos; con grandes sectores de las sociedades inglesa y argentina apostando por sus soldados como si de otro Mundial de Fútbol se tratase, la posición más honrosa, y que debería ser-

vir de ejemplo, es la de los laboristas Michael Foot y Tony Benn, la del diario londinense *The Guardian* y los manifestantes en Hyde Park del 9 de mayo quienes, a riesgo de quedar aislados, han tomado partido por la paz.

## Domingo del Pino



España tiene en sus fronteras del Sur a un vecino que apenas conoce. Marruecos, a pesar de su historia de varios siglos íntimamente imbricada en la de la Península Ibérica, suscita la mayor indiferencia de las cuatro quintas partes de los españoles. La quinta parte restante, de alguna manera directa o indirectamente, que ha sido víctima del africanismo conquistador arrastrado desde la Reina Católica, contempla al enorme país con un recelo la mayoría de las veces visceral.

Probablemente no exista ninguna otra actitud colectiva de los españoles más absurda que esa indiferencia, fría, hacia aquel país. Al fin y al cabo, y desde los últimos reyes visigodos hasta nuestros días, España siempre estuvo enzarzada en guerras, querrelas y conflictos con sus vecinos del norte de

África. Aún hoy subsisten pendientes con ellos algunos contenciosos que habrá que resolver algún día.

Esa indiferencia no es privativa de los gobiernos o de las poblaciones. Los partidos políticos españoles apenas si conocen a sus homólogos del otro lado del Estrecho. Como en un cuento irudiano